

# La madre intelectual y la madre escritora: representaciones de la maternidad en dos escritoras mexicanas recientes

*The intellectual mother and the writer mother: representations of motherhood in two recent mexican female writers*

Cándida Elizabeth Vivero Marín<sup>1</sup>

## RESUMEN

La maternidad es un tema recurrente en la obra de las escritoras mexicanas. Desde la idealización de Isabel Ángela Prieto de Landázuri, hasta la crítica irónica de Rosario Castellanos, la maternidad ha sido representada de diversas maneras evidenciando las transformaciones que se han dado a nivel social. No es de extrañar entonces que para las escritoras recientes, el tema involucre un posicionamiento distinto puesto que la figura de la madre se disocia del cuidado y atención a los hijos, para involucrarse en actividades intelectuales y creativas tal como sucede en las novelas *El cuerpo en que nací* de Guadalupe Nettel y *Una no habla de esto* de Sylvia Aguilar Zéleny. En este trabajo se estudian ambas obras, pues en ellas se constatan las nuevas formas de representación que aluden a una maternidad no convencional.

**Palabras clave:** maternidad, representación, identidad, roles de género, autoafirmación

## ABSTRACT

Motherhood is a recurring theme in the work of Mexican female writers. From the idealization of Isabel Ángela Prieto de Landázuri, to the ironic critique of Rosario Castellanos, motherhood has been represented in various ways showing the changes that have occurred at the social level. For recent female writers, the issue involves a different position because the figure of the mother is dissociated from care and childcare, to give way to intellectual and creative activities such as in the novels *El cuerpo en que nací* by Guadalupe Nettel and *Una no habla de esto* by Sylvia Aguilar Zéleny. In this paper we study both works, because in them the new forms of representation allude to an unconventional motherhood.

**Keywords:** maternity, representation, identity, gender roles, assertiveness.

<sup>1</sup> Profesora investigadora del Centro de Estudios de Género de la Universidad de Guadalajara.

La figura de la madre, en la narrativa escrita por mujeres jóvenes en México, presenta una serie de características que hacen vislumbrar un cambio en la manera en la que se representa el deber-ser y el deber-hacer de la mujer-madre. Tendientes a satisfacer sus necesidades intelectuales, por encima de las afectivas, las madres que se presentan en esta nueva narrativa se alejan del ideal al preferir sus proyectos profesionales, escriturales y académicos por encima del cuidado y la atención a los hijos o a la pareja. Estas nuevas madres presentan una forma distinta de ejercer la maternidad, ya que se asumen como sujetos con necesidades particulares y, si bien se podrían considerar egoístas, lo cierto es que son sujetos que responden al ideal moderno de seres independientes, autónomos y con capacidad de agencia.

En la narrativa de estas jóvenes escritoras se observa, por lo tanto, una transformación de las identidades femeninas al plantearse figuras no convencionales en tanto que escapan al estereotipo burgués y liberal de la maternidad, establecido desde el siglo XIX y perpetuado por diversos productos culturales como el cine de la época de oro mexicano.

En este trabajo, se estudian las novelas *El cuerpo en que nació*, de Guadalupe Nettel, y *Una no habla de esto*, de Sylvia Aguilar Zéleny, con el objetivo de identificar las nuevas representaciones de la maternidad en la literatura mexicana. Para ello, se ha dividido el artículo en cuatro apartados más una conclusión. En el primero, se esboza un breve contexto de la representación de la maternidad en la literatura, resaltando la ausencia de esta figura hasta ya entrado el siglo XIX; en el segundo, se puntualiza en la madre en la literatura mexicana escrita por mujeres, particularmente durante el siglo XX; en el tercero, se analiza la representación de la madre intelectual en la novela de Nettel y las rupturas con la imagen de la “buena madre”; en el cuarto, se estudia la importancia de la escritura y el proceso creativo para la autoafirmación de la protagonista; y, por último, se plantean las conclusiones derivadas del análisis de estos dos textos.

#### LA MATERNIDAD: BREVE CONTEXTO

La figura de la madre, tan socorrida en las últimas décadas por las escritoras, aparece con poca frecuencia en el panorama de la literatura occidental en términos generales. De acuerdo con Anne Cruz (1995), dicha figura se encuentra ausente en la literatura española como consecuencia del discurso falocéntrico que ponderaba la relación padre-hijo. De ahí que, desde el Medioevo hasta bien entrado el Siglo de Oro, la referencia a la madre no aparece o queda mencionada en términos negativos:

[...] en los diversos géneros literarios (sea la poesía lírica, la comedia o las obras en prosa tales como las novelas de caballerías y las picarescas) las madres quedan excluidas totalmente o si acaso se mencionan, se les atribuye un valor negativo, extrínseco a su función materna y sin subjetividad propia. El acercamiento psicoanalítico nos ayuda a comprender cómo y por qué los discursos literarios y extraliterarios de autoría masculina conspiran contra la pareja madre-hijo al escindirla y suplantarla con la posición fálica del padre. Asimismo, nos permiten reconstruir el elemento femenino en los textos escritos por mujeres en los cuales se intenta recuperar a la madre de la ley falocéntrica que simultáneamente huye de ella y la margina.<sup>2</sup>

<sup>2</sup> Anne J. Cruz, “La búsqueda de la madre: psicoanálisis y feminismo en la literatura del Siglo de Oro”, en *Actas XII. AIH*, p. 139.

Asimismo, Emilie L. Bergmann (1995) sostiene que durante los siglos XVI y XVII, en la literatura castellana, se evidencia la falta de figuras maternas. El rechazo a lo maternal corresponde, continúa Bergmann, al hecho de que se pone énfasis en la autonomía como base de la identidad masculina moderna.<sup>3</sup> Dicho valor, el de la autonomía, se constituye en uno de los pilares de la Modernidad.<sup>4</sup> De donde se colige que, puesto que la madre crea un vínculo de dependencia entre ella y el infante, el discurso falocéntrico debía privilegiar la relación con el padre pues éste, en tanto depositario de la Ley y el orden, se encuentra ligado a la libertad ya que se constituye sujeto con capacidad de agencia y de enunciación. La figura de la madre tenía que ser, en consecuencia, relegada frente a la autoridad y soberanía del padre si se deseaba formar a auténticos ciudadanos libres y emancipados gracias a la razón: “el amor materno puede representarse también como exceso, un exceso inherente a la naturaleza femenina, que amenazaba la crianza de jóvenes bien formados, capaces de integrarse en el servicio del estado moderno.”<sup>5</sup>

La ausencia de la madre en la representación literaria indica, en última instancia de acuerdo con Bergmann, un rechazo a la naturaleza femenina, la cual es vista en términos negativos, y disminuida en capacidades racionales frente a la naturaleza varonil. Así, “la iniciación al discurso dominante del poder es un proceso de olvido y de rechazo de lo maternal.”<sup>6</sup>

Para el siglo XIX, debido a la construcción de un discurso nacionalista que equiparaba la noción de Patria con la Madre nutricia, fecunda y protectora, comienzan a aparecer figuras maternas tanto en la literatura española como en la latinoamericana. En Argentina, por ejemplo, la madre no aparece referida sino sólo de forma escasa y aprisionada en el estereotipo hasta bien entrado el siglo XX, cuando comienzan a aparecer cuentos y novelas que les otorgan una voz propia a las mismas. De esta manera, sostiene Nora Domínguez (1998):

[...] en general las madres no tienen voz y cuando alguien habla por ellas, se trata de sus hijos. Las madres parecen no tener una historia anterior. El momento de pasaje de convertirse en madre es silencioso. En la mayoría de los relatos de la literatura argentina, la madre nace como madre. En el camino perdió el nombre y será nombrada como mi madre o la madre de. Parece que las madres no tienen un yo autónomo, sino que únicamente tienen un hijo. Su pasado se borra y se transforma en esa mujer que cumplió con su destino correcto de tener un hijo, y de ahí en más se dedicó a construir la única sociedad en la que tiene algún peso: la que se arma entre ella y su hijo [...]. El siglo XX tiene su propio mito fundante de madre, que es Eva Perón, que aun cuando no tiene hijos se transforma en la madre espiritual de una nación.<sup>7</sup>

En México, la madre comienza a aparecer también ligada a la Patria y, conforme avanza el siglo XX, se perfila un velado matriarcalismo que va desplazando la figura del padre a una función secundaria. De ahí que, según señala Blas Matamoro (2009), “México ha dado ese denso y fantasmal canto matriarcalista que es Pedro Páramo. La madre matriarcal [...] es la que fija el hombre al lugar, al parentesco y a la (materna) lengua. Se es alguien como hijo de la madre. El padre importa menos, es fungible o desconocido.”<sup>8</sup> Este desplazamiento, que

<sup>3</sup> Emilie L. Bergmann, “Mujer y lenguaje en los siglos XVI y XVII: Entre humanistas y Bárbaros”, en *Actas XII. AIH*, p. 34.

<sup>4</sup> Jürgen Habermas, *El discurso filosófico de la modernidad*, p. 99.

<sup>5</sup> *Ibidem*, p. 35.

<sup>6</sup> *Ibidem*, p. 36.

<sup>7</sup> Nora Domínguez, “La madre es una figura ausente en la literatura argentina”, en *Clarín.com*, p. 1.

<sup>8</sup> Blas Matamoro, “La figura materna en la literatura”, en *Cronicas*, p. 2.

comienza a gestarse en la literatura mexicana a principios del siglo xx, estará ligado a lo que Aralia López González señala con respecto a que en México se adolece de padre, como más adelante se refiere en este mismo trabajo. Por el momento, baste comentar que la figura de la madre en la literatura mexicana comienza a cobrar importancia a partir de este siglo.

Por otro lado, en la literatura chicana, se representa a la madre en una situación conflictiva ya que, por un lado, se le presenta como una mujer entregada al trabajo para sostener a la familia, por lo cual se le admira; mientras que, por otro lado, se le representa como una madre distante que prefiere mantener los patrones culturales tradicionales antes de apoyar a sus hijas en la búsqueda de su autonomía.<sup>9</sup> En la literatura magrebí, este reclamo también se hace presente pues, como sostiene Josefina Bueno Alonso (2006), en la literatura escrita por las mujeres del Magreb (la cual, dicho sea de paso, comienza a tener auge en los años 80), se pueden observar tres tendencias en torno a la representación de la maternidad: 1) como condición inseparable de la identidad femenina; 2) ausencia de la voz maternal y de la relación madre-hija, muy posiblemente como reflejo de que la madre no es un ejemplo a seguir para las jóvenes escritoras; y, 3) el reclamo a la madre por ser ella la transmisora de una pesada carga tradicional hacia las hijas.<sup>10</sup>

Observamos entonces una clara tendencia a la no-representación de la figura materna a lo largo de la historia literaria y, en contraposición, un despunte en la representación de dicha figura a partir de mediados del siglo xix y a lo largo del xx. Por supuesto, la mayoría de las referencias se realizan con base en la literatura escrita por varones en tanto que la mujer-escritora no aparece de lleno en el plano creativo sino justo hacia finales del siglo xix y principios del xx. Por ello, es interesante analizar la manera en la que las mujeres han ido subsanando dicha ausencia a través de sus obras, ya sea para reafirmar el discurso femenino, ya para reivindicar y darle voz a esta figura largamente silenciada. A continuación, se plantean algunos aspectos que se presentan en la literatura mexicana.

#### LA MATERNIDAD Y LAS ESCRITORAS MEXICANAS

Los temas de la madre y de la infancia, en la literatura mexicana, son algunas de las líneas más trabajadas por las autoras. Ligados a la inocencia, la perfección en las virtudes y la nobleza de espíritu, ambos se encuentran íntimamente relacionados a nivel de la representación donde suele ubicárseles lado a lado. Igualmente, de ambos suele recrearse un ideal que, sólo en contadas ocasiones, es cuestionado al conferírseles un matiz de perversión o de melancolía.

En cuanto al tema de la madre, encontramos en la literatura mexicana algunos ejemplos significativos creados por las autoras, entre ellos se encuentran: *Cartucho* y *Las manos de mamá* de Nelli Campobello y “Cabecita blanca” de Rosario Castellanos, textos que han sido emblemáticos de esta línea tan socorrida de manera especial por las escritoras mexicanas.

Surgidas, por lo tanto, de una larga tradición, algunas escritoras mexicanas recientes, nacidas entre los años 1968 y 1978, posan de nueva cuenta su mirada

<sup>9</sup> Cfr. María Socorro Tabuenca Córdoba, “Mecerse entre fronteras. La literatura de mujeres fronterizas mexicanas y chicanas”, en *Quimera*, p. 1.

<sup>10</sup> Josefina Bueno Alonso, Josefina, “La revisión de la cultura patriarcal y de la tradición orientalista en las escritoras argelinas”, en *La femme existe-t-elle? =Existe la mujer?*, pp. 122-124.

en ella pero desde una perspectiva crítica a través de una visión realista (como sucede en la mayoría de los casos) o bien por medio de una visión neofantástica. En estos textos, como en general sucede con la mayoría de la literatura escrita por mujeres, aparece una estrecha relación entre la figura de la madre y las hijas que, de acuerdo con Kemy Oyarzún (1995), se presenta o bien como una relación armónica, o bien se sitúa a nivel de un conflicto que confronta a los personajes femeninos en una lucha continua de ejercer el poder (en el caso de las madres) y de liberarse de él (en el caso de las hijas). Esto último obedecería, siguiendo a Oyarzún, a que:

Durante el siglo xx, pese a que la vanguardia abre nuevos terrenos en la relación entre escritura y locura, el semantema de la madre continúa situado en el “continente negro” de la literatura. Lo cierto es que en la organización occidental de la cultura, la madre y su deseo constituyen la “noche indiferenciada” y satanizada; la civilización, por tanto, se funda sobre la base del matricidio simbólico. Orestes mata a su madre siguiendo los designios del Dios Padre, quien a su vez se ha apropiado de los arcaicos poderes de la Tierra Madre [...].

El matricidio adquiere en muchos textos masculinos de la vanguardia un valor liberador, transgresor.<sup>11</sup>

El personaje de la madre, en algunos casos, aparece entonces referido como una figura con la que se sostiene un conflicto continuo. De tal suerte que en estos textos se rompe con el sentido del “espejo jubiloso de la escritura materna” como sostiene Oyarzún que suele suceder con la escritura femenina.<sup>12</sup> Y es que, continúa Oyarzún:

el proceso de la diferenciación individual de la mujer en el patriarcado, sólo es posible a partir de la negación de la propia diferencia genérico-sexual. En la niña, la fobia hacia la madre se traduce en la internacionalización de la misoginia. O soy yo (entre vacío en la constelación genérico-sexual) o soy mujer (es decir, sigo afiliada a la madre, al incesto, a la homosexualidad, a la locura). La individuación del sujeto hombre como hombre deviene la norma. Por su parte, la mera individuación de la mujer como mujer constituye una transgresión. Se puede ser hombre y ser persona, pero en este orden de cosas, ser mujer y ser persona implica un cortocircuito sistemático.<sup>13</sup>

No obstante lo anterior, en la narrativa mexicana particularmente en aquella escrita por mujeres, la madre pocas veces aparece representada de forma abierta en esta relación tensiva o conflictuada, pues por lo general se proyecta en torno a ella la imagen de una figura abnegada y entregada al servicio de su familia. Esta tendencia, criticada por Rosario Castellanos en “Cabecita blanca”, ha comenzado a ser subvertida en los textos de las nuevas narradoras (aquellas nacidas hacia finales de la década de los sesenta y a lo largo de los setenta). En las novelas y cuentos de este grupo de escritoras, la madre y la maternidad generalmente no aparecen y, cuando lo hacen, se presentan con características distintas a las tradicionalmente atribuidas: en estas nuevas representaciones, la madre no asume un papel abnegado sino que, por el contrario, se apropia o bien de una posición activa y conflictiva con sus hijos y familia; o bien de una sexualidad que se ejerce abiertamente incluso con las parejas sentimentales de las hijas. De ahí que estemos frente a una representación distinta en torno a esta

<sup>11</sup> Kemy Oyarzún, “Identidad femenina, genealogía mítica, historia: Las manos de mamá”, en Sin imágenes falsas. Sin falsos espejos. Narradoras mexicanas del siglo xx, p. 52.

<sup>12</sup> Cfr. *ibidem*, p. 56.

<sup>13</sup> *Ibidem*, p. 58.

figura que, en último caso, podría estar reflejando un cambio social que transforma la noción de maternidad y de familia.

En efecto, a nivel social se ha comenzado a gestar una transformación de su estructura que hasta hace unas décadas se fundaba en una organización familiar centrada en la madre. Y es que, como sostiene Aralia López González, el apelativo de “Señora” se encontraba asociado a la función materna, creándose así mitos sociales en torno a la mujer que, en su momento, vuelve a criticar Rosario Castellanos en su libro *Mujer que sabe latín...* En México, la sexualidad era encubierta por la situación social que la legitimaba por medio del matrimonio y la figura de la madre era y sigue siendo reforzada continuamente por festividades (tanto religiosas como civiles), por los discursos, los medios de comunicación y, en general, por el entorno. De ahí que, citando a Santiago Ramírez, López González menciona que la estructura familiar mexicana se caracteriza por el exceso de madre y la ausencia de padre. Ramírez, continúa López González, señala que se trata de una cultura en la que la relación más importante es la relación con la madre:

A este tipo de cultura se le llama uterina, y dice [Ramírez]: “Hay familias, las uterinas, en las que la relación madre-hijo es particularmente intensa. En México, por lo menos en las áreas rurales y en las urbanas de clase media la familia tiene estas características.” Esto se corresponde perfectamente con la importancia concedida al día de las madres en México, y al desbordamiento “amoroso” que lo caracteriza. “Cabecita blanca” es una denominación cariñosa de uso común en el país para aludir a la madre. Destaca la vejez, o sea, un aspecto del ciclo de vida humano en la cual la sexualidad se suprime o deja de ser relevante. Así, la condición de madre desplaza y oculta la sexualidad femenina.<sup>14</sup>

Esta fuerte relación y vínculo, que vuelca sobre la madre la afectividad y organización familiar, ha ido perdiendo fuerza tanto a nivel social como de representación, ya que en la narrativa escrita por mujeres jóvenes, dicha concepción da un vuelco para ser asociada ya no con el ideal de pureza y santidad con la que habitualmente se le rodea, sino con una visión mucho más crítica y ácida. De tal forma que se ha ido diluyendo la imagen que se insistió en construir alrededor de la mujer en su faceta de madre por medio del discurso oficialista liberal que encontró en la literatura un lugar privilegiado para difundir sus ideas. Los textos publicados entre 1816 y 1902, comenta Ana Rosa Domenella (1991), presentaron una constante en la caracterización de los personajes femeninos por medio de las virtudes.<sup>15</sup>

Alejadas ya de esta visión que impregnó la literatura del siglo XIX y XX casi hasta su término, las autoras mexicanas más recientes dejan de plantear la figura de la madre como un ángel o ser sublimado que da la vida por sus hijos, para convertirse en un ser con necesidades afectivas y sexuales que compite con las hijas tanto por el cariño y atención de su padre como por alcanzar una posición social. Los personajes maternos ya no ven satisfechas sus metas personales en el cuidado y atención a la familia, por lo que la frustración es volcada en el trato hacia los hijos. De ahí que en los textos *El cuerpo en que nació* de Guadalupe Nettel, y *Una no habla de esto*, de Sylvia Aguilar Zéleny, observamos una nueva manera de interrelación entre madres e hijos, la cual nos señala asimismo

<sup>14</sup> Aralia López González, *Sin imágenes falsas, sin falsos espejos. Narradoras Mexicanas del siglo XX*, p. 205.

<sup>15</sup> Ana Rosa Domenella, “Introducción” en *Territorio de leonas. Cartografía de Narradoras mexicanas en los noventa*, pp. 122-123.



una forma distinta de asumir la maternidad y, por ende, cumplir con los roles tradicionalmente asignados y atribuidos a las mujeres en su papel de madres.

De esta manera, las transformaciones que se hacen presentes en este grupo de textos refleja, en última instancia, un cambio profundo y paulatino en torno al ideal de maternidad y nos habla de un nuevo discurso que lo cuestiona con fuerza al representarla por medio de personajes con fuertes conflictos interiores, convirtiéndolos en entes más reales y, por ende, más humanos.

### LA MADRE INTELECTUAL

La obra de Guadalupe Nettel es sumamente interesante en cuanto a la profundización de los conflictos interiores que recorren a sus personajes. Las historias, sobre todo en sus cuentos, se sitúan en contextos urbanos y cosmopolitas como París o Tokyo, reservando el contexto mexicano a sus novelas como sucede en *El huésped* y *El cuerpo en que nació*. Con una prosa ágil y directa, Nettel nos adentra en lo complejo de la cotidianidad donde unos peces rojos son una clara analogía del deterioro de las relaciones humanas y la ruptura que se produce tras el desgaste.

En el caso particular de *El cuerpo en que nació*, Nettel participa al lector de un mundo autobiográfico que se va desarrollando y complejizando con la interacción con otras culturas. En esta novela, Nettel apuesta por el *bildungsroman*, por lo que observamos el tránsito de la infancia a la edad adulta de una niña que tiene que afrontar el estigma de una discapacidad visual. De esta forma, por medio de un narrador intradieético, se nos presenta una época (que va de mediados de la década de los setenta a finales de los noventa del siglo xx), que verá el conflicto generacional entre lo tradicional (representado por la abuela) y el progreso (personificado por la madre y la nieta). Así, la novela de Nettel se inserta también en la tradición de reconstruir los lazos matrilineales al hacer convivir en el mundo literario a tres generaciones de mujeres.<sup>16</sup> En este diálogo, Nettel nos plantea la construcción de una identidad femenina distinta ya que nos presenta una serie de rupturas con el ideal de la buena madre: la abnegación, atención a los otros, la donación y el cuidado son dejados de lado para mostrarnos un mundo femenino preocupado por la adquisición de conocimientos y la superación profesional, lo cual implica dar prioridad a la satisfacción de necesidades personales colocando en un segundo plano el cumplimiento del ideal materno (y de género).

En efecto, en la novela de Nettel el lector es partícipe de una performatividad distinta del género femenino a través de la figura de la madre, puesto que ésta no se sujeta a la actuación social de la maternidad que le marca una negación de sí misma en aras de dar prioridad a los hijos. La buena madre, que debe anular sus aspiraciones y deseos y además sentirse satisfecha con eso siempre y cuando esto involucre el bienestar de los hijos, no se cumple en esta novela, lo cual la convierte en una mala madre. Si bien no llega al grado de situarse fuera de lugar, como en la condicionante de género se alude,<sup>17</sup> sí llega a mostrar su lado egoísta en tanto que no piensa en función de las necesidades del otro, sino que parte de su propio deseo. Igualmente, de acuerdo con Alicia Lombardi (1988), el personaje de la madre se aleja del ideal maternal al manifestar tres

<sup>16</sup> En esta misma línea se sitúan, por ejemplo, las novelas de Susana Pagano, *Y si yo fuera Susana San Juan*; de Socorro Venegas, *La noche será negra y blanca*; de Norma Lazo, *El mecanismo del miedo*; de Carmen Boullosa, *Antes*; de Elena Garro, *Un traje rojo para un duelo*; de Myriam Moscona, *Tela de sevoya*; y de Adriana González Mateos, *El lenguaje de las orquídeas*.

<sup>17</sup> Cfr. Cristina Palomar Vereza, *Maternidades en prisión*.

aspectos que escapan a dicho ideal, a saber: muestra su egoísmo, un grado de hostilidad y expresa sus necesidades sexuales

[A la mujer] se la encuentra, así representada en la cultura con la imagen predominante de madre, de la cual está ausente todo rasgo relacionado con el erotismo, la hostilidad y el egoísmo, considerados transgresión de la norma de la “maternidad normal”. Este ideal forma parte de una meta ideal altruista, regulador de los otros ideales femeninos y bajo el cual quedan subordinados. La realización en un área humana importante es idealizada y elevada a la categoría de “realización sublime”, única que le otorga el lugar verdadero y legítimo en la sociedad.<sup>18</sup>

Así pues, estas tres características que “normalizan” la maternidad, al ser trastocadas o expuestas abiertamente, producen una desestabilización en el ideal que, en el caso de esta novela (y de las narradoras mexicanas jóvenes), recrea una imagen distinta del ser-madre y, por ende, del ser-mujer, ya que se construyen nuevos esquemas del deber-ser y el deber-hacer para las mujeres: ya no más las madres abnegadas, sumisas y obedientes, sino personajes con iniciativa, emprendedoras y con carreras universitarias. Cabe aclarar, no obstante, que el personaje de la madre no se desentiende por completo de sus hijos, sino que traslada la responsabilidad del cuidado a la abuela mientras ella va a Francia a cursar un Doctorado. Si bien es verdad que no renuncia del todo a la atención (sobre todo en la segunda parte de la novela), sí se observa una identidad femenina distinta al priorizar el desarrollo profesional y asumir una actitud activa en la toma de decisiones que no involucran al padre, por lo demás ausente tanto por haberse divorciado de él como por encontrarse en la cárcel. La identidad femenina se construye, por lo tanto, desde una posición distinta que no considera más, como parte de su esencia, las características tradicionales atribuibles a la feminidad: silencio, pasividad y sumisión.<sup>19</sup> Por el contrario, la identidad femenina de la madre, en la novela de Nettel, ejerce un papel activo en la relación de pareja al ser ella la que imponga el orden en la casa, pero también la que decide finalmente irse o quedarse. La madre habla real y simbólicamente, dejando al padre opacado y toma el control de la situación, aun en medio de la depresión que padece tras la ruptura. De esta forma, la figura de la madre se convierte en la autoridad que ejerce el poder y determina el rumbo de las vidas de los hijos prácticamente de manera unilateral:

[...] El pretexto era estudiar un doctorado en urbanismo y planeación regional en el sur de Francia [...]. Tras varios meses de trámites burocráticos, mi madre obtuvo una beca del gobierno francés para eclipsarse. Lo hizo a mediados de julio. Como estaba previsto, nosotros nos quedamos en México, en el mismo departamento donde habíamos vivido siempre pero, en vez de mi padre, quien se ocupó de nosotros fue nuestra abuela materna.<sup>20</sup>

Otra de las características de este empoderamiento y transformación de las identidades femeninas, presentes por medio de la figura materna, es el ejercicio de la sexualidad. Generalmente considerada como un ser asexuado una vez que ha dado a luz, la madre en el imaginario social en México es anulada como mujer deseante ya que se le niega el acceso al disfrute y al goce. Su principal objetivo, bajo esta óptica idealizada, es proporcionar las atenciones y cuidados a la

<sup>18</sup> Alicia Lombardi, *Entre madres e hijas. Acerca de la opresión psicológica*, p. 227.

<sup>19</sup> Cfr. Sigmund Freud, “La feminidad”, en *Obras completas III*, p. 3173.

<sup>20</sup> Guadalupe Nettel, *El cuerpo en que nací*, p. 54.



prole en detrimento de sus necesidades afectivas, emocionales y sexuales. Cancelada esta parte de su vida, la mujer-madre en México, desde el siglo XIX, fue llamada “ángel del hogar”, apelativo que se volvió recurrente en la década de los cincuenta cuando los medios de comunicación (radio y televisión) la nombraron continuamente de esa forma. Parodiada, ironizada y criticada, esta figura fue diluyéndose con el paso del tiempo aunque quedó un resabio de esta connotación en varias manifestaciones y productos culturales (la música, las telenovelas, el cine, las festividades del diez de mayo, entre otros), en los cuales se deja ver aún la asociación de la madre con lo asexuado. Por ello, como señala Lombardi, una “mala madre” será aquella que manifieste abiertamente su sexualidad, pues se desliga de esta idealización sublime.

En el caso de la madre en *El cuerpo en que nació*, una vez más se separa del ideal materno al aceptarse como un ser sexuado y sensual que, en un primer momento, desea transmitir a sus hijos una visión desinhibida y libre y, en un segundo momento, reanudar su vida sentimental con un novio extranjero. Por supuesto que estas actitudes liberales no dejan de entrar en contradicción con determinados actos que lleva a cabo la madre, pues finalmente la condicionante de la “buena madre” y los performativos sociales de género no pueden ser resignificados de un día para otro, por lo que vemos que si bien la identidad femenina ya no responde a estas características del ángel del hogar, tampoco puede separarse completamente de dichos performativos y la madre actúa de manera paradójica en algunas ocasiones. No obstante, la madre se presenta como un ser sexual que desea hacer extensiva la experiencia de lo sensorial a sus hijos, por lo que, en términos tradicionales, vuelve a escapar del estereotipo de la madre que se resiste a hablar del tema sexual con sus hijos: “mamá tomaba seminarios en Santa Bárbara sobre cómo desbloquear la energía sexual [...]. Mi madre estaba decidida a dejar atrás todas sus inhibiciones y a impedir que nosotros adquiriéramos las nuestras. Para eso, organizaba en casa actividades lúdicas en las que debíamos mover el cuerpo al compás de la música o modelar con barro y después embadurnar con éste nuestro cuerpo desnudo.”<sup>21</sup>

Así pues, un segundo momento de quiebre con la identidad femenina tradicional tiene que ver con esta sexualización del cuerpo materno y su capacidad de disfrute. La aceptación de la corporeidad en esta dimensión erótica y sensual, es lo que convierte a la madre de la novela en un ser alejado del estereotipo. El cuerpo materno se presenta entonces como separado de los condicionantes de la moral burguesa para posicionarse de manera abierta a las experiencias placenteras. Esto convierte a la madre en un ser transgresor puesto que marca una ruptura con el ideal social de género. De ahí que se refuerce su empoderamiento como sujeto deseante y deseado, ya que establece una relación amorosa con un joven extranjero. Por ello, la identidad femenina vuelve a resignificarse, ya que se plantea el cuerpo-mujer-madre como una entidad deseante, capaz de ejercer la sexualidad y buscar formas distintas para explorar la sensualidad.

Ahora bien, a la autorrealización y al ejercicio de la sexualidad, se le añadirá la hostilidad o agresividad que presenta. De acuerdo con Lombardi, estos tres elementos se consideran no propios de la buena madre y, en consecuencia, de lo femenino. Como se ha señalado, la sumisión será una característica ligada a la feminidad, por lo que una mujer no puede presentarse como agresiva, pues de lo contrario se le considera masculinizada. En el caso de la madre, di-

<sup>21</sup> *Ibidem*, p. 42.

cha agresividad debe quedar aún más soterrada, puesto que la imagen que se ha elaborado de ella responde al de una figura no sólo dócil, sino tierna y cariñosa. Una mala mujer y, en consecuencia una mala madre, es aquella que se muestra agresiva u hostil, pues no performa adecuadamente el género. En ese sentido, en la novela de Nettel se vuelve a producir un quiebre con el ideal materno, replanteándose la identidad femenina que si bien no deja de presentar un lado cariñoso, tampoco se ajusta del todo al estereotipo, puesto que es capaz de expresar su furia y ejercer violencia contra los hijos: “Aunque el carácter de mi madre era mucho más apacible que el de papá, cuando perdía los estribos podía caer en actitudes sumamente violentas que incluían golpes, bofetadas y tirones de pelo a las que solía llamar sanjuanizas y por las que muy rara vez se disculpaba.”<sup>22</sup> La violencia física, claramente declarada en este pasaje, nos habla de una agresividad contenida que, de vez en cuando, se manifiesta de manera explosiva, marcando con ello un carácter inestable que desconcierta a los hijos, pero que refuerza el sentido de ruptura con el ideal femenino y materno.

Por lo anterior, la agresividad de la madre nos vuelve a mostrar una identidad femenina alejada del estereotipo, creando un personaje mucho más complejo en cuanto al desarrollo de emociones variadas que no corresponden al prototipo de madre amorosa y dulce tan caro al imaginario popular.<sup>23</sup> Ciertamente el caso de la madre en la novela de Nettel no hace sino reflejar los cambios que ha tenido dicha figura en los últimos cuarenta años y la cual ya no responde al prototipo de madre amorosa a ultranza. Esto nos lleva a sostener que la identidad femenina, que se ha construido en las últimas décadas, pone en evidencia que no existe una esencialidad femenina, pues ésta varía de acuerdo con la época al dar cuenta de otras características que no corresponden a la sumisión, la pasividad o la espera. La agresividad u hostilidad, tradicionalmente ligados a lo masculino, son rasgos que también comparten las mujeres, con independencia de su rol como madres, por lo que la literatura, como una coreografía social de género,<sup>24</sup> permite pensar a las mujeres como seres complejos más allá de la discursividad que las construye y constriñe al eterno femenino.

### LA MADRE ESCRITORA

Ya hemos visto, en el caso de la novela de Nettel, cómo a partir de tres características que se consideran no femeninas, se resignifica la identidad femenina para replantearla y reconstruirla en una interacción más compleja que da cuenta de las transformaciones sociales. Ahora, hablaremos de cómo a esta nueva identidad femenina se le añade el proceso creativo como una vía de autoafirmación como sujeto. Tal es el caso de la novela *Una no habla de esto* de Sylvia Aguilar Zéleny.

En esta novela, destaca en primer lugar la estructura que alude a un diario a partir de una serie de correos electrónicos y de la narración en primera persona. Si bien resulta interesante dicha construcción, lo que nos gustaría resaltar es la forma en la que se representa la identidad femenina que, de nuevo, se aleja de lo tradicional. En el caso particular de la novela, la madre no apa-

<sup>22</sup> *Ibidem*, p. 44.

<sup>23</sup> Aquí pienso sobre todo en las imágenes creadas por el cine y la televisión mexicanas, en las que se refuerza el carácter tierno y entregado de la madre a sus deberes, aun cuando estos impliquen la negación para sus propias aspiraciones y deseos. La madre alabada por sus virtudes de ternura y compasión, ha sido recurrente en las series de televisión y en las películas, sobre todo durante la época del cine de oro mexicano, donde dichas figuras callaban estoicamente los disgustos y soportaban casi al límite de la exasperación cualquier vejación o abuso tanto de la pareja como de los hijos. La madre de la película “La oveja negra”, por ejemplo, es una clara muestra de esto.

<sup>24</sup> Cfr. Sayak Valencia, *Capitalismo gore*.

rece referida de manera directa, esto es, la hija no apela de manera abierta a la madre, como lo apreciamos en Nettel, sino que la protagonista será ella misma quien esté en proceso de convertirse en madre por un embarazo que, al final, no progresa pues sobreviene un accidente automovilístico y un aborto. Lo interesante de la historia no es, pues, la superación en sí del proceso doloroso, sino la manera en la que, gracias a la escritura, la protagonista se autoafirma como sujeto y logra recuperar su voz por medio de la creación. Dicho elemento no es ciertamente exclusivo de Aguilar Zéleny, pues ya otras autoras de su generación y anteriores lo han utilizado como, por ejemplo, Matilde Pons, en su novela *La palabra me sonó extraña*; Vizania Amezcua, en su novela *Una manera de morir*; Cristina Rascón Castro, en su libro de cuentos *El agua está helada*; y, Socorro Venegas, en su novela *La noche será negra y blanca*, por mencionar algunas. Sin embargo, lo que se destaca en la novela de Aguilar Zéleny es la negación de la maternidad en beneficio de la escritura.

La historia, que comienza *in media res*, nos va reconstruyendo el pasado y destaca, como punto importante, el divorcio que sobreviene tras el accidente. Y es que no es relevante el hecho en sí, sino todo lo que representa el decidir romper la relación con el esposo que simboliza la hegemonía patriarcal y el imperialismo ideológico que coloniza a los sujetos subalternos. Sylvia, nombre de la protagonista, sufre una doble subordinación en tanto mujer y sujeto del tercer mundo. El marido, un extranjero de quien suponemos es estadounidense, le impone a Sylvia una serie de lecturas y la condiciona a pensar de determinada manera hasta anular su voz y, por ende, su identidad. Cancelada como sujeto pensante, la protagonista poco a poco comienza a asumir su rol de esposa que se coloca en segundo plano y a estetizar el género de acuerdo con el aparato hegemónico.<sup>25</sup> De esta manera, se ajusta a los performativos sociales para ser aceptada en un círculo social determinado. Sin embargo, el embarazo y posterior aborto la harán tomar conciencia de su anulación y retomará la lectura y la escritura como medios para reencontrarse y afirmarse como sujeto de enunciación.

La necesidad de espacio, metáfora de la expansión intelectual que ha tenido por la recuperación de la palabra, la llevan no sólo a divorciarse, sino incluso a desear tener una casa para ella sola dónde desarrollar su creación. Sobresale en este hecho no sólo la autonomía y capacidad de gestión que tiene la protagonista, sino la negación de la maternidad que subyace al acontecimiento. Esto es, Sylvia transita por un proceso de duelo, sin embargo, busca en sus recursos creativos e intelectuales el medio para superarlo: "La escritura, es como un súbito despertar, un acto de descubrimiento. Se descubre el mundo, el ser, los diversos códigos que nos rodean; se descubre uno en el otro, se descubre la palabra [...]. La escritura, para mí, es también el paso por lo extraño para alcanzar lo familiar, lo cercano, lo íntimo, lo in-di-vi-dual."<sup>26</sup> La maternidad, por ende, no representa la meta a alcanzar o el ideal a realizar, sino que la recuperación de su sí-misma se dará a través de la palabra que le vuelve familiar lo extraño. Ya Hélène Cixous (2001) señalaba que las mujeres son cuerpos, más cuerpo, y por lo tanto más escritura, por lo que su voz se dejará oír de manera explosiva porque ha sido largamente silenciada.<sup>27</sup> En este caso, Sylvia es cuerpo, mas no para la maternidad en sí, sino para la vida en general, esto es, su corporeidad

<sup>25</sup> Cfr. Judith Butler, *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*.

<sup>26</sup> Sylvia Aguilar Zéleny, *Una no habla de esto*, pp. 77-78.

<sup>27</sup> Cfr. Hélène Cixous, *La risa de la medusa. Ensayos sobre la escritura*.

es vivida, al igual que la madre en la novela de Nettel, desde el gozo y la sensualidad, sin que ello involucre ser madre. Su experiencia del mundo es sensorial y está abierta a la palabra que le devuelve su identidad al permitirle hablar de nuevo y descubrirle su lugar en el mundo.

Por ello, la nueva identidad que se crea en Sylvia no se asocia con la maternidad, sino con el acto creativo de donde la palabra resulta un importante vehículo para la reconstrucción de su sí mismo y como sujeto de enunciación. Ciertamente, la maternidad no se suprime del todo, pero ya no está presente como aspecto central en la vida de la protagonista, sino que es colocado en un segundo plano. La identidad femenina se concibe así como abierta a la actividad intelectual y a la cultura, asumiéndose el acto de escribir como un oficio más que se puede desempeñar de manera “natural”. El acto creativo es visto, por ende, como un proceso de liberación que permite la formación de un pensamiento crítico y que sitúa al sujeto como un ser pensante. Contrario a lo que sostenía Freud (1996), el razonamiento no es ajeno al pensamiento femenino sino que es propiciatorio de reflexiones y deducciones lógicas y analíticas, las cuales se plasman a través de la escritura. La mujer, por ende, tiene la capacidad de adentrarse en el mundo del arte y la literatura y apropiarse de él, construyendo ella misma propuestas escriturales como lo representa Sylvia. De ahí que en esta nueva identidad femenina lata no ya el deseo primordial de la maternidad, sino de la escritura: “en realidad lo que más deseo es escribir muchos libros, viajar mucho, vivir mucho y que esta experiencia continúe brindándome un sinfín de posibilidades.”<sup>28</sup>

De ahí que la protagonista, recupera su voz por medio del acto creativo y se sitúa como una mujer renovada que se siente plena e integrada. No más un ser fragmentado agobiado por la incertidumbre, sino un ser unitario, con identidad propia, teniendo la certeza de ser ella misma una mujer entera que tiene voz y que puede hablar por medio de la escritura para marcar su lugar en el mundo: “He dejado de callar: yo, finalmente, soy yo. Estoy en mí, toda en mí.”<sup>29</sup> El sentido de plenitud se da por esta capacidad de decir y el yo se sitúa como una entidad unificada. En ese sentido, subyace en este planteamiento una postura moderna que ve al sujeto como unitario, dotado de razón y que, en consecuencia, puede aprehender el mundo y dotarlo de sentido. El sujeto por el que apuesta Aguilar Zéleny se decanta por esta premisa y su protagonista logra el sentido pleno una vez que ha entrado al orden dado por la palabra y es capaz de colocarse de lado de la razón para describir el mundo de los sentimientos.<sup>30</sup> Palabra e identidad se relacionan, pues gracias a la primera se construye la segunda, al encauzar las sensaciones hacia una forma de expresión inteligible.

#### A MANERA DE CONCLUSIÓN

En la nueva narrativa mexicana escrita por mujeres, podemos constatar una transformación en el papel que desempeñan las mujeres a principios del siglo XXI. Alejadas del ideal de la Madre Tierra o la Madre Terrible, de la buena madre o mala madre, de la mujer-matriz o receptáculo, las nuevas identidades que se van construyendo a partir de los textos literarios nos permiten observar el proceso de cambio gestado desde la década de los años setenta del siglo

<sup>28</sup> S. Aguilar Zéleny, *ob. cit.*, p. 88.

<sup>29</sup> *Ibidem*, p. 96.

<sup>30</sup> No es la intención de este trabajo profundizar sobre la construcción del sujeto moderno, baste con señalar estas características en la novela de Aguilar Zéleny y de sostener que será la palabra la que dé unidad al sujeto representado.

xx. Y es que estas nuevas escritoras, nacidas a finales de los sesenta y a lo largo de la década del setenta, han heredado los frutos del feminismo y conciben como algo dado y natural el derecho a ejercer su sexualidad, el disfrute de sus cuerpos y a su independencia. Las hijas del neofeminismo, como también se le conoce a esta segunda ola feminista, comienzan a crear nuevas imágenes de sí mismas que las alejan de la subordinación.

En estas nuevas representaciones del deber-ser femenino, el papel de madre y esposa ya no se coloca como punto central en la historia de las protagonistas. De igual forma, otra característica que atraviesa los textos de las autoras es el hecho de que se refiera con asiduidad el oficio de escritora o bien la profesionalización de la escritura a través de profesiones como el periodismo. Como ya se mencionó anteriormente, esto nos habla de un posicionamiento distinto frente a la palabra y de una entrada al mundo simbólico que si bien sigue representando una visión androcéntrica, no por ello deja de cobrar importancia en tanto que nos plantea a los personajes femeninos como sujetos con capacidad de agencia y como sujetos de enunciación que, por ende, pueden transformar el mundo. De ahí que, por el hecho de apropiarse del discurso, podamos colegir que existe una transformación en los roles asignados a las mujeres, pues éstas se sitúan como sujetos activos. Por lo que se transgrede la pasividad tradicionalmente asignada a lo femenino para posicionarse de otra manera.

La identidad se encuentra así en un proceso de transformación que da cuenta a su vez de los cambios sociales, ya que para esta generación de mujeres, se ha dejado de otorgar el reconocimiento social sólo por medio de las funciones de madre y esposa, ya que se abren otras posibilidades de realización a través de la actividad profesional o de un oficio productivo. La maternidad, por lo tanto, deja de ser elemento clave en la construcción identitaria, abriéndose a otros caminos por los cuales transitar hacia un empoderamiento pleno.

## B I B L I O G R A F Í A

- Aguilar Zéleny, Sylvia, *Una no habla de esto*, México, Fondo Editorial Tierra Adentro, 2007.
- Bergmann, Emilie L, "Mujer y lenguaje en los siglos XVI y XVII: Entre humanistas y Bárbaros", en: [cvc.cervantes.es/literatura/aih/pdf/12/aih\\_12\\_2\\_008.pdf](http://cvc.cervantes.es/literatura/aih/pdf/12/aih_12_2_008.pdf) (último acceso: 15 de septiembre de 2013).
- Bueno Alonso, Josefina, "La revisión de la cultura patriarcal y de la tradición orientalista en las escritoras argelinas", en Michèle Ramond, ed., *La femme existe-t-elle? =Existe la mujer?*, Paris, Rilma2-ADEHL, 2006.
- Butler, Judith, *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, trad. Ma. Antonia Muñoz, Barcelona, Paidós, 2007.
- Cixous, Hélène, *La risa de la medusa. Ensayos sobre la escritura*, Barcelona, Anthropos, 2001 (Pensamiento crítico/Pensamiento utópico, 88).
- Cruz, Anne J, "La búsqueda de la madre: psicoanálisis y feminismo en la literatura del Siglo de Oro", en: [cvc.cervantes.es/literatura/aih/pdf/12/aih\\_12\\_2\\_019.pdf](http://cvc.cervantes.es/literatura/aih/pdf/12/aih_12_2_019.pdf) (último acceso: 18 de septiembre de 2013).
- Domenella, Ana Rosa, "Introducción" en *Territorio de leonas. Cartografía de Narradoras mexicanas en los noventa*, México, Universidad Autónoma Metropolitana/Casa Juan Pablos Centro Cultural, 2001.
- Domínguez, Nora, "La madre es una figura ausente en la literatura argentina", en: [edant.clarin.com](http://edant.clarin.com) (último acceso: 18 de septiembre de 2013).

- Freud, Sigmund, "La feminidad", en *Obras completas III*, trad. Luis López Ballesteros y de Torres, Madrid, Biblioteca Nueva, 1996.
- Habermas, Jürgen, *El discurso filosófico de la modernidad*, trad. Manuel Jiménez Redondo, Madrid, Katz Editores, 2008.
- Lombardi, Alicia, *Entre madres e hijas. Acerca de la opresión psicológica*, Buenos Aires, Paidós, 1988.
- López González, Aralia, *Sin imágenes falsas, sin falsos espejos. Narradoras Mexicanas del siglo XX*, México, El Colegio de México, 1995.
- Nettel, Guadalupe, *El cuerpo en que nací*, Barcelona, Anagrama, 2011.
- Oyarzún, Kemy, "Identidad femenina, genealogía mítica, historia: *Las manos de mamá*", en López González, Aralia, coord., *Sin imágenes falsas. Sin falsos espejos. Narradoras mexicanas del siglo XX*, México, El Colegio de México, 1995.
- Palomar Verea, Cristina, *Maternidades en prisión*, Guadalajara (Méx.), Universidad de Guadalajara, 2007.
- Valencia, Sayak, *Capitalismo gore*, España, Melusina, 2010.
- Matamoro, Blas, "La figura materna en la literatura", en: [www.guzmanurrero.es/Cronicas/la-figura-materna-en-la-literatura.html](http://www.guzmanurrero.es/Cronicas/la-figura-materna-en-la-literatura.html) (último acceso: 3 de octubre de 2013).
- Tabuenca Córdoba, María Socorro, "Mecerse entre fronteras. La literatura de mujeres fronterizas mexicanas y chicanas", en: [www.revistasculturales.com](http://www.revistasculturales.com) (último acceso: 15 de septiembre de 2013)